

# HISTORIA

## Imágenes de los subalternos en Colombia 1886-1958<sup>1</sup>

Mauricio Archila Neira\*

### RESUMEN

El siguiente texto es un sucinto recuento de los momentos en la construcción de las identidades de los sectores subalternos en Colombia durante la primera mitad del siglo XX. El tema que nos interesa indagar es la identidad colectiva que se refiere a los elementos culturales que dan sentido de pertenencia a un grupo y lo diferencian de otros. La otra categoría central que nos hemos propuesto explorar en estas páginas es la de sectores subalternos, la cual parte de la idea de Antonio Gramsci sobre hegemonía.

**Palabras clave:** Identidades nacionales, sectores subalternos, nacionalismos, pueblo.

### Images of subordinates in Colombia - 1886-1958

#### ABSTRACT

The following text is a concise narration of the construction of identities in the subordinate sectors of Colombia during the first half of the 20th century. We are mainly interested in the 'collective identity' as it deals with the cultural elements which give a sense of being part of a group and differentiate one from the other. Another important area that we want to explore is the subordinate sectors, which comes from Antonio Gramsci's conception on hegemony.

**Keywords:** National identities, subordinate sector, nationalism, population.

<sup>1</sup> Ponencia presentada al XII Congreso de Historia, Popayán, agosto de 2003. El texto hace parte de la síntesis sobre la historia social del siglo XX que el autor está elaborando.

\* Universidad Nacional de Colombia. Ph. D. en Historia y profesor titular de la Universidad Nacional, sede Bogotá e investigador Cinep.

Fecha de recepción: marzo 31 de 2005.

Fecha de aprobación: abril 20 de 2005.

“En el nombre de Dios, fuente suprema de toda autoridad los delegatarios de los Estados colombianos (...) reunidos en Consejo Nacional Constituyente. Vista la aprobación que impartieron las municipalidades de Colombia a las bases de la Constitución expedidas el día 1º de diciembre de 1885. Y con el fin de afianzar la unidad nacional y asegurar los bienes de la justicia, la libertad y la paz, hemos venido en (sic) decretar, como decretamos, la siguiente CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE COLOMBIA” (Preámbulo de la Constitución de 1886).

*“En nombre de Dios, fuente suprema de toda autoridad, y con el fin de afianzar la unidad nacional, una de cuyas bases es el reconocimiento hecho por los partidos políticos de que la religión católica, apostólica y romana es la de la nación, y que como tal, los poderes públicos la protegerán y harán que sea respetada como esencial elemento del orden social y para asegurar los bienes de la justicia, la libertad y la paz, el pueblo colombiano, en plebiscito nacional DECRETA”* (Inicio del Plebiscito del 1 de diciembre de 1957 que establece el Frente Nacional).

Si nos atenemos a los textos constitucionales, en apariencia Colombia había cambiado poco en 70 años. No solo se mantenía la invocación a Dios como fuente de toda autoridad, sino que se reafirmaba con más vigor el papel “esencial” de la religión católica, apostólica y romana. Habría que esperar muchos años para que la soberanía traspasara de la nación al pueblo. Sin embargo, esa apariencia era falsa no solo porque el país había cambiado, sino porque la imagen de pueblo, que se mete larvadamente en el texto plebiscitario, ya había circulado profusamente en Colombia. Nuestra intención en este ensayo no es hacer una lectura jurídica de las cartas constitucionales, ni tampoco una crítica de esos textos, sino encontrar huellas de las identidades de los

grupos subalternos en la Colombia de la primera mitad del siglo XX. Para ello es fundamental la percepción de las diversas imágenes que sobre ellos se han construido en ese largo lapso de tiempo.

El tema que nos hemos propuesto, sin duda, es tan amplio que desborda los límites de un modesto ensayo. Por ello es necesario aclarar que nuestro intento en estas páginas es plantear un esquema que pensamos desarrollar en un futuro no muy lejano. A su vez, el esquema resume previas investigaciones en las que hemos abordado parcialmente el tema que hoy nos convoca.

Antes de iniciar el sucinto recuento de los principales momentos en la construcción de las identidades de los sectores subalternos en Colombia durante la primera mitad del siglo XX debemos precisar los conceptos centrales sobre los que gira este ensayo. El tema grueso que nos interesaba indagar es la *identidad colectiva* que se refiere a los elementos culturales que dan sentido de pertenencia a un grupo y lo diferencian de otros.<sup>2</sup> Las identidades sociales no son naturales sobre esencias preestablecidas sino construcciones históricas en las cuales convergen temporalmente individuos que tiene otras formas de identificación. En dicha construcción juega tanto lo que los otros piensan de un grupo como lo que él proyecta de sí mismo a partir de sus valores, tradiciones y experiencias (Romero, 1997: 204).<sup>3</sup> Es por tanto un concepto relacional que operativamente lo entendemos como un contraste de imágenes y contraimágenes.

La otra categoría central en estas páginas -la de *sectores subalternos*- parte de la idea de Antonio Gramsci sobre hegemonía. La condición de subalternidad sería la contraparte de una dominación en la que se combina la coerción con el

<sup>2</sup> Este concepto lo hemos trabajado en la Introducción de Archila, Mauricio. *Cultura e identidad obrera: Colombia, 1910-1945*. Bogotá: Cinep, 1991 y en el capítulo 7 del libro de próxima publicación titulado *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990* de mi autoría.

<sup>3</sup> “La identidad de los sectores populares se define en una relación compleja, cambiante y conflictiva con los sectores dominantes”.

consenso (Macciocchi, 1975). Recientes desarrollos teóricos, especialmente los aportados por el grupo de historiadores indios liderado por Ranahit Guha, hablan de una subalternidad ante formas de poder no necesariamente hegemónicas (Guha, 1997).<sup>4</sup> En cualquier caso, la categoría de grupos subalternos parece trascender la simple explotación económica que caracterizaría a los llamados “sectores populares”, para involucrar formas complejas de poder que incorporan dimensiones culturales además de las políticas.<sup>5</sup> Aunque las voces de los subalternos han sido generalmente silenciadas por los discursos elitistas de derecha e izquierda (Guha, 2002), creemos que se pueden escuchar en sus periódicos, especialmente en las corresponsalías, en las narraciones orales, en las entrevistas que hemos hecho a lo largo de los últimos años, y especialmente en las protestas sociales.<sup>6</sup>

Hechas las respectivas precisiones conceptuales entremos en materia para hacer un recorrido por tres momentos históricos en los que el juego de imágenes y contraimágenes producen formas de identidad de los sectores subalternos colombianos, construyendo una cronología de acuerdo con estos criterios.

### LAS ELITES DESCUBREN A LOS POBRES (1886-1919)

A lo largo del siglo XIX en Colombia, como en el resto a América Latina, tendía a predominar una idea

paternal sobre los sectores subalternos que, si bien los discriminaba, enfatizaba una aparente convivencia armónica. Como dice Luis Alberto Romero (1997:167) a propósito de Santiago de Chile, “tan separados están, que pueden vivir juntos”.

En nuestro caso, el peso del modelo hacendatario, según expresión de Fernando Guillén Martínez (1979), reforzaba esa aparente armonía que invisibilizaba a los subalternos. Se elaboró una idea de nación dirigida -cuando no exclusivamente constituida- por la elite blanca, masculina y rica.<sup>7</sup> El indio, el negro y el mismo mestizo no aparecen en el horizonte de la nación soberana de la que habla la Constitución de 1886. Cuando más se les menciona como “salvajes” que deben ser “civilizados”, como sugiere la Ley 89 de 1890 con relación a los pueblos indígenas.

Hay otra imagen de los subalternos que cobra fuerza dentro de los sectores dominantes a fines del siglo XIX y comienzos del XX: el pueblo rebelde que produce temor.<sup>8</sup> Como en la Europa moderna, en América Latina, la elite decimonónica “descubre” tardíamente al pueblo.<sup>9</sup> Y lo descubre con una dosis de terror al otro, que también es peligroso y ajeno. Los intentos de movilizarlo terminan agrandándolo, como ocurrió con los artesanos de mediados de siglo, de quienes dice Guillén Martínez (1979:379), “la creatura se volvió contra creador” (Zambrano, 1989).<sup>10</sup>

Sin ser la protesta algo generalizado, sí preocupaba a las elites por lo que comenzó a buscarle explicación

<sup>4</sup> El grupo de historiadores indios ha ido variando de un entendimiento de los subalternos como categoría social a un énfasis discursivo, con lo que se acercan a las corrientes que pregonan el giro lingüístico.

<sup>5</sup> La crítica a la categoría “sectores populares” la ampliamos en la Introducción del libro *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958 - 1990*.

<sup>6</sup> Sobre estas “fuentes” remitimos a los libros citados en la nota 1 y a la reciente publicación conjunta con Delgado, Alvaro; Martha C. García y Esmeralda Prada. *25 años de luchas sociales en Colombia, 1975-2000*. Bogotá: Cinep, 2003 que se apoya en una base de datos sobre conflictos sociales a partir de 1975 que reposa en el Cinep.

<sup>7</sup> Antonio Gómez, apoyándose en José María Samper, habla de Bogotá como una ciudad de blancos en la que el único cruce que perciben es entre la “sal andaluza (...) y cierta nobleza mental castellana” (*Bogotá*. Bogotá: ABC, 1938: 116, 129).

<sup>8</sup> Como señala Fabio Zambrano en *Análisis 1 - 2*. Cinep, 1989.

<sup>9</sup> Peter Burke, “El ‘descubrimiento’ de la cultura popular” en Samuel, Raphael (editor). *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona: Crítica, 1984. Para el caso latinoamericano véase a Romero, Luis A. *¿Qué hacen los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840 - 1895*. Buenos Aires: Suramericana, 1997: 169.

<sup>10</sup> Agrega que, al contrario de los campesinos, los artesanos neogranadinos “no dependen de la red autoritaria de parentescos, compadrazgos y sumisiones miméticas”.

y sobre todo a controlarla, más por la vía represiva que por la de la incorporación (Uribe, 2003). Aunque minoritarias, siempre hubo voces lúcidas que llamaban a solucionar la "cuestión social" por medio de una reformas radicales. Rafael Uribe Uribe advertía que sin la atención a los problemas laborales, "se corre el riesgo de que el dulce sueño social en que se arrullan, se interrumpa bruscamente por algún sobresalto desagradable, si no por unas sacudida trágica. Pero que se preocupen no como asunto de piedad cristiana solamente, que lo mismo puede ejercitarse que omitirse, sino como un derecho de los de abajo, y como un deber de los de arriba".<sup>11</sup>

Sin embargo, la protesta ocurría en momentos puntuales por lo que aterrizzaba solo por instantes a las elites. Ellas tenían una preocupación más duradera: los pobres. Con el crecimiento urbano se perciben más, se les ve en las calles o en los barrios que habitan, sus ruidos son más audibles y sus diversiones molestan crecientemente a las gentes "respetables" de las ciudades.<sup>12</sup> Más grave todavía, sus enfermedades pueden expandirse como una peste por la ciudad.

Aunque se percibían problemas que hoy llamaríamos estructurales en la generación de la pobreza, no faltaron quienes dijeran que ella era culpa de los pobres. A principios de 1893 Ignacio Gutiérrez, un articulista conservador muy católico, explicaba la pobreza de los artesanos bogotanos por el relajamiento de los vínculos familiares y por la falta de previsión a causa del excesivo consumo de la chicha. Sus escritos provocaron una airada protesta de ciertos núcleos artesanales de la capital, lo cual

no significó que la elite desechara estas explicaciones (Aguilera, 1997).<sup>13</sup> De hecho todo el debate sobre el consumo de bebidas embriagantes, y especialmente de la fermentada del maíz, siempre tuvo como base ese argumento (Clavo y Saade, 2002).

Entrado el siglo XX, en forma más brutal, la pobreza se asumió como una expresión de la degeneración de las razas. En efecto, a finales de los años diez y comienzos de los veinte se libró en el país el sonado debate promovido por el médico Miguel Jiménez López sobre la degeneración de nuestra raza. Si bien no todos los participantes comulgaron con su pesimismo y determinismo geográfico, muchos señalaron signos de decadencia marcados por problemas de educación y malnutrición (Herrera, 2001). Según el discurso higienista en boga en el momento, la pobreza era no solo un asunto de salud física y espiritual, sino un problema político. El mismo Jiménez concluía el debate afirmando: "el pueblo ha sido entre nosotros, en el pasado, el sostén y el escudo de la república: mas hoy por sus precarias condiciones, ha venido a ser impedimenta (sic) en nuestra marcha hacia el progreso. ¿Querrán seguir con él, como peso muerto, las clases dirigentes de nuestros países? (...) Seguramente que no" (Fernández, 1915: 39).

Aunque no todos los miembros de las elites hablaran de una raza degenerada, se despreciaba a los sectores subalternos por su pobreza material y espiritual, lo que los convertía en una masa fácilmente manipulable. En 1909 el dirigente republicano de Antioquia, Carlos E. Restrepo, se lamentaba así: "Pueblo niño el nuestro (...) pueblo infante, con veleidades impulsivas y epilépticas, guiado por instintos nacionales, políticos

<sup>11</sup> Apartes del discurso "sobre el presente y el porvenir del Partido Liberal en Colombia" pronunciado en abril de 1991 (*El Pensamiento de Rafael Uribe Uribe*. Bogotá: Colcultura, 1974:190).

<sup>12</sup> Así lo percibió tempranamente Miguel Samper en la "Miseria en Bogotá" escrito en 1867 y lo ratificó en el "Retrospecto" de 1896 en donde menciona a niños abandonados mendicando por la ciudad y un crecimiento poblacional que encarece los bienes (*La miseria en Bogotá y otros escritos*. Bogotá: Universidad Nacional, 1969: 140 y 159).

<sup>13</sup> Aguilera, Mario. *Insurgencia urbana en Bogotá*. Bogotá: Colcultura, 1997: 138-145. Algo similar a Gutiérrez concluía Miguel Samper en su estudio sobre la miseria en la capital con esta advertencia: "Creednos: la paz pública, la armonía entre las clases trabajadoras, y los buenos hábitos morales e industriales, son los únicos correctivos de la pobreza y las verdaderas fuentes del progreso y de la libertad" (*La miseria en Bogotá y otros escritos*. Bogotá: Universidad Nacional, 1969: 102).

y religiosos -que no por las altas ideas de esa índole” (Mesa, 1980:120). Este pensamiento no era patrimonio del bipartidismo. Los primeros núcleos socialistas reaccionaban de similar forma. El periódico *El Martillo*, editado por Ignacio Torres Giraldo en Pereira en 1916 decía: “... Ah ¡pueblo rebaño! Bien mereces el látigo que fustiga tus endurecidas espaldas” (*El Martillo*, 1916: 2).<sup>14</sup>

Ese pueblo “niño” o “rebaño” debía ser educado y guiado por la elite paternal. Tal idea era defendida desde concepciones laicas y clericales. En el primer sentido va la concepción del mismo Uribe Uribe sobre un socialismo de Estado que debe proceder desde arriba hacia abajo (El pensamiento de Rafael Uribe Uribe, 1974:71). Por su parte, uno de los iniciadores de la Acción Social Católica en Colombia, el padre Jesús María Fernández proclamaba a mediados de los años diez: “... bien dijo quien dijo que el porvenir es de quien organice al pueblo. Si le organizamos para Cristo bajo la santa enseña de la cruz, según deseo del Papa, Cristo y su cruz bendita reinarán en el mundo; si lo organizan los malos bajo sus satánicas banderas ¿quién pondrá un dique capaz de contener el avance formidable de esa ola funesta de errores y pasiones contra los sanos principios de religión y moral?” (Herrera, 1982:14).<sup>15</sup>

Además de la educación religiosa y moral también se propiciaron hábitos ciudadanos condensados en el manual de urbanidad de Carreño. Según dice un analista contemporáneo, dicho texto reproduce la doble mirada de las elites: “un ojo mira con envidia al europeo y otro con celo y recelo al de abajo, en una reedición de la dialéctica del amo y el esclavo”

(Restrepo y Restrepo, 1998). Se retrata así la doble imagen que los sectores dominantes tenían sobre los subalternos: se le ignoraba pero también se le temía. Como ocurría desde los tiempos coloniales con relación al indio -percibido como resignado o rebelde- eran las dos caras de una misma exclusión (Galindo, 2001:112).

Este no era un contexto muy propicio para que los subalternos lograran visibilidad, pero lo intentaron como se reflejó en los eventos de mediados de siglo XIX, las revueltas urbanas de los 70 en Bucaramanga y los 90 en Bogotá, las jornadas nacionales contra Reyes en 1909 y el levantamiento indígena en el Cauca a mediados de los 10 liderado por Manuel Quintín Lame (Vega, 2002).<sup>16</sup> La marcha que promovieron los artesanos de Bogotá el 16 de marzo de 1919 para protestar contra la importación de uniformes de gala para el ejército, que culminó en una masacre cuando la Guardia Presidencial disparó sobre la multitud, condensa la arrogancia de la elite ante los subalternos y las potencialidades de éstos. Un panfleto que circuló en días previos a la movilización decía: “De nada sirve tener derecho a ser libre, si no se es. Hace falta el hecho, en vez del derecho” (Vega, 2002: 137). En los intersticios de la exclusión se filtraba una resistencia que afianzaría otras identidades subalternas.

## LA IRRUPCIÓN DEL PUEBLO (1920-1948)

La imagen de pueblo rebelde no apareció mágicamente en el decenio de los veinte. Ya hemos mostrado que se atisbaba desde tiempo antes. El primer editorial de *El Comunista*, editado en

<sup>14</sup> Este tipo de improperios contra los subalternos van a ser comunes en la prensa de izquierda de los años veinte, y no estarán ausentes en la de años posteriores (véase nuestro artículo “La otra opinión: la prensa obrera en Colombia, 1920-1934”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 12-14. 1985-1986:209-238).

<sup>15</sup> En forma muy cercana el presidente Marco Fidel Suárez, distinguía entre el pueblo -racional y temeroso de Dios- y el vulgo -lo contrario- (Herrera, Roberto. *Antología del pensamiento conservador en Colombia*, Tomo I. Bogotá: Colcultura: 1982, capítulo 14).

<sup>16</sup> La ingente obra de Renán Vega sobre protestas sociales en Colombia en los primeros decenios del siglo XX trae muchos más ejemplos de esa rebeldía.

Cartagena en 1910, proclamaba: "... los intereses de los oprimidos que constituyen la mayoría triunfarán. Esos oprimidos es lo que se llama pueblo" (El Columnista, 1910: 1). Como lo han ilustrado Renán Vega y Mario Aguilera, los ecos de la Marsellesa se sintieron desde los albores de la república y cobraron intensidad con la apelación al pueblo a mediados del siglo XIX (Vega y Aguilera, 1991). Los sectores subalternos lentamente se apropiaron de esta imagen heredada de la Revolución Francesa que era mucho más positiva que la de vulgo miserable o masa de pobres. Pero no se limitan a recibirla de las elites ilustradas, la recrean en su beneficio para afirmarse como componentes cruciales de una nación que los excluye. El Partido Liberal, especialmente en sus sectores de izquierda, hábilmente captará esta nueva fuerza e intentará integrarla a sus proyectos modernizadores, produciendo resultados ambiguos como veremos (Archila, 1991).

En los años veinte las referencias a un pueblo creador de riqueza material y sustento de la soberanía nacional provienen de sectores de izquierda que tienen vasos comunicantes con la tradición radical decimonónica. La plataforma del primer Partido Socialista de 1919 proclamaba que la bandera de la agrupación sería roja y que el lema sería "Libertad, Igualdad y Fraternidad" (Molina, 1987:214).<sup>17</sup> Activistas políticos y laborales llamaron a construir Casas del Pueblo en las principales ciudades como puntos de socialización de los subalternos urbanos desde comienzos de los años veinte. Más significativas fueron las nuevas organizaciones que brotaron cuyas reivindicaciones

reflejaban sus precarias condiciones de existencia. En algunas ciudades y enclaves extractivos se crearon sindicatos, los cuales eran más clubes políticos de estirpe jacobina que asociaciones gremiales. También surgieron Ligas de Inquilinos para proteger los arrendamientos. Los estudiantes realizaron cuatro congresos nacionales en ese decenio y en 1922 crearon una Federación Nacional (Florez, 1995). Eran nuevas formas de organización voluntaria que rompían con las adscripciones hereditarias (Guillén, 1979: 503 - 507). Paralelamente la huelga apareció como un fantasma que recorría todo el territorio nacional aunque tendió a disminuir hacia el final de la década. A esta inusitada agitación se sumó el nuevo despertar indígena en el Cauca y de campesinos en áreas de colonización reciente, especialmente en la zona cafetera de Cundinamarca y Tolima.<sup>18</sup> Las ciudades fueron escenario de movilizaciones ciudadanas como la que se dio en Bogotá en junio de 1929 para denunciar la "rosca" que la controlaba.

Sin embargo, la idea de un pueblo unido y autónomo distaba de ser real. Muchas acciones populares fueron dirigidas por juntas de "notables" como ocurrió con las jornadas del 29 en Bogotá.<sup>19</sup> En el seno del pueblo había divisiones de distinto orden. Ante todo seguía pesando el bipartidismo,<sup>20</sup> había tensiones regionales y sobre todo estaba compuesto de distintas clases con intereses no necesariamente convergentes. Lo racial era proyectado homogéneamente hacia el conjunto de los sectores subalternos, por lo que pueblo y raza resultaban sinónimos.<sup>21</sup> Debido al mito del mestizaje se escondían las diferencias por

<sup>17</sup> De hecho el himno que se cantaba en las reuniones obreras y socialistas de la época fue la Marsellesa.

<sup>18</sup> A este respecto véanse, Marco Palacios, *El café en Colombia (1850-1970)*. Bogotá: Presencia, 1979 y el texto inédito de Michael Jiménez, *Struggles on an Interior Shore. Wealth, Power, and Authority in the Colombian Andes*.

<sup>19</sup> Según Medófilo Medina, un cabildo abierto designó 18 personajes de la política, tres de ellos militares (*La protesta urbana*. Bogotá: Aurora, 1984: 42).

<sup>20</sup> Por lo que el naciente socialismo llamaba a romper con las organizaciones partidistas y religiosas existentes (Molina, Gerardo. *Las ideas socialistas en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo, 1987: 214).

<sup>21</sup> En esto último cae aun el mismo Gaitán, quien en su tesis de grado como abogado en 1924 no sólo intercambia los conceptos de raza y pueblo, sino que atribuye a ella parte de nuestra conformación histórica, así reconozca que no hay una "raza estrictamente homogénea" (Molina, Gerardo. *Las ideas socialistas en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo, 1987: 11-26).

<sup>22</sup> En un artículo publicado en la *Revista Colombo Soviética* 3. (1946): 37-42. Roque Casas señalaba que en el país había 20% de población blanca, 5% negra, 7% india, 18% mulata, 10% zamba y 40% mestiza.

el color de piel o étnicas, lo que impedía generar identidades diferentes.<sup>22</sup> Pero el prejuicio racial no es solo propio de las elites dominantes. Los intelectuales de izquierda, al no encontrar respuesta a la rebelión que proclaman, terminan culpando a los vencidos. En la prensa obrera de los años veinte no faltaron expresiones como ésta: "... el pueblo colombiano es un esclavo culpable porque no se rebela" (La Humanidad, 12 de septiembre, 1925).<sup>23</sup>

Las capas medias se hacen visibles desde los años treinta. En contrapunto con la naciente clase obrera, empleados y "ángeles de oficina" comenzaron a construir una identidad en el medio como señala Ricardo López (2003). En su ayuda vino la escasa legislación laboral del momento que les impedía la contratación colectiva. Pensándose superiores a los obreros, las capas medias intentaban en vano diferenciarse del pueblo, con el que terminaban compartiendo exclusiones y en no pocas ocasiones la pobreza como lo refleja Osorio Lizarazo en su novela *Hombres sin presente*.

Aunque hubo cierta visibilidad de la mujer tanto desde el mundo del trabajo como desde las capas medias, predominó una imagen masculina de los sectores subalternos. La homogeneidad que suponía la categoría pueblo, invisibilizaba también las identidades de género. La militancia de María Cano y otras socialistas en los años veinte, y de comunistas posteriores como Mercedes Abadía, no modificó la visión que se tenía de la mujer como salvaguardia de la familia y fundamento del mundo privado (Archila, 1991: 399 -402).<sup>24</sup> A pesar de ello se logró la conquista de los derechos económicos de la mujer en 1932 y se avanzó en la discusión, sin éxito por ahora, sobre la extensión del sufragio a las mujeres.

Como hemos visto, a pesar de la ausencia de una homogeneidad y autonomía de los sectores subalternos, la imagen de pueblo se mostraba atractiva para ellos precisamente porque ofrecía lo contrario a la realidad cotidiana. Era la ficción de una nueva fuerza política que irrumpía públicamente con un gran poder simbólico. Cuando en 1922 soldados del batallón del ejército acantonado en Tunja protestaron por el retraso en el pago salieron a la calle gritando "Viva el pueblo! Viva la libertad!" (El Tiempo, enero 20 y 28, 1922:1). Los sectores subalternos no se identificaban con el pueblo de Dios resignado, y menos con el vulgo irracional y miserable. Se percibían como nueva fuente secularizada de soberanía, imagen que el liberalismo aprovechará en su ascenso al poder.

El conservatismo mientras tanto miraba la "cuestión social" como algo exótico, pues no podía concebir que el pueblo al que había tratado de conducir paternalmente se le rebelara. Además de la tradicional acción caritativa,<sup>25</sup> los gobiernos conservadores responden a las demandas de los de abajo con una combinación de liberalismo económico y represión. Es decir, el Estado no debe intervenir en la "cuestión social", pues ella debe regularse por las fuerzas del mercado, salvo cuando se desbordaba como asunto de orden público. La vieja visión excluyente de ignorar y temer a los subalternos se reproduce nuevamente, con saldos trágicos como la masacre en la zona bananera de 1928. Esto en parte explica que los núcleos de vanguardia intelectual se radicalicen y le apuesten a una insurrección que fracasa precisamente por lanzarse sin contar realmente con los de abajo (Sánchez, 1976). En esas condiciones se impone el criterio liberal de regular los conflictos sociales, al menos en el discurso porque en la realidad sigue el modelo "liberal" de desarrollo como lo ha ilustrado

<sup>23</sup> Algo similar se dirá con relación a la mujer, a pesar de incluir artículos que insinuaban una temprana crítica feminista (Archila, Mauricio. *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910 - 1945*. Bogotá: Cinep, 1991: 399-401).

<sup>24</sup> También encontrará información en las ponencias de Ricardo López y Lida M. Núñez "Entre la Flor del Trabajo y la Virgen María", X Congreso Colombiano de Historia, Medellín, agosto de 1997.

<sup>25</sup> Rechazada con vehemencia por liberales como Uribe Uribe o Gaitán. Este último decía que la caridad "fue una virtud perversa y peligrosa". En su reemplazo propone el socialismo como un medio para alcanzar la justicia social (Herrera, Roberto. *Antología de su pensamiento económico y social*. Bogotá: Suramericana, 1968:194).

Daniel Pecaut (1987).

Una vez accede al poder el liberalismo se lanza a la tarea de educar al pueblo. Para ello había que conocerlo, actitud que propició un dispositivo que combinó la investigación sobre sus condiciones y una amplia tarea educativa. En búsqueda de las raíces nacionales los gobiernos liberales descubrieron la "cultura popular", en lo que se empataron con movimientos culturales como el grupo Bachue. De acuerdo con Renán Silva (2000), se trataba de dejar atrás las "masas pastoriles" para convertir al pueblo en sujeto activo, pero todavía se seguía pensando en un "pueblo niño" que debía ser guiado.<sup>26</sup> El conocimiento de lo popular quedaría trunco con el relevo político de los años cuarenta, como veremos luego.

La misma ambigüedad se expresó con relación a la movilización popular que tímidamente promovió el liberalismo, especialmente en el primer mandato de Alfonso López Pumarejo. El acercamiento de la izquierda a López, en el contexto de la lucha internacional contra el fascismo, favoreció una cierta incorporación de sectores obreros y campesinos. La temprana legislación laboral y una favorable intervención del ejecutivo en los conflictos laborales dio bases para una alianza entre sindicalismo y Estado que preocupaba a los sectores conservadores y clericales. Con relación a los campesinos no hubo un intento sistemático de organizarlos en esos años, pero la Ley 200 de 1936 jugó un papel integrador así sus intenciones no fueran de hacer una real reforma agraria (Le Grand, 1987).

En todo caso era una movilización guiada pues, como decía Alberto Lleras en un mensaje presidencial en 1946: "las grandes revueltas del espíritu colombiano

han venido, casi sin excepción, de arriba hacia abajo, del poder hacia el pueblo, y se escriben primero en las leyes como un estímulo para que prendan en el corazón de las masas" (König, 1991:148).<sup>27</sup> De hecho el liberalismo se orientó hacia la contención de un eventual desborde popular con la "pausa" decretada por López en diciembre de 1936 que se prolongó en el gobierno de Eduardo Santos y en su segundo mandato. Ya la obra que se había propuesto el Partido Liberal estaba cumplida: institucionalizar el sindicalismo, el sector más visible de los subalternos. En abril de 1942, poco antes de posesionarse nuevamente en el solio presidencial, López reconocía: "... la oposición ha pretendido que soy el inventor de un monstruoso instrumento de la lucha de clases (...) el gobierno -liberal- logró que los sindicatos actuaran dentro de la ley, se sometieran a ella (...) en vez de ser como eran, sus adversarios" (El Tiempo, 7 de abril, 1942: 4). Como lo hemos analizado en otra parte, este paso favoreció también a los obreros, porque la institucionalización del conflicto era necesaria para frenar un capitalismo salvaje y porque, además, les otorgó carta de ciudadanía (Archila, 1991: 4). Lo mismo no podría decirse de los campesinos, indígenas y mujeres, que deberán esperar unos decenios más para lograr visibilidad.

Ante la creciente distancia entre el liberalismo y el pueblo en los años cuarenta, Jorge Eliécer Gaitán se presentó como el nuevo puente. Aprovechando su humilde nacimiento y teatralizando su lenguaje y costumbres, decía ser la expresión de los sectores populares. En el momento en que las elites le volvieron a dar la espalda a la gente común, Gaitán salió a su encuentro. Pero lo hizo con similar ambigüedad a sus copartidarios, porque también él desconfiaba de

<sup>26</sup> "República liberal y cultura popular" en Tocancipá, Jairo (editor). *La formación del Estado Nación y las disciplinas sociales en Colombia*. Popayán: Universidad del Cauca, 2000: 51-89. Véase también Jilmar, Carlos. "El pueblo: de sujeto dado a sujeto político por construir. Apuntes sobre la década de los treinta" en Herrera, Martha Cecilia y Carlos Jilmar Díaz (editores). *Educación y cultura política: una mirada multidisciplinaria*. Bogotá: UPN/ Plaza y Janes, 2001: 143-157.

<sup>27</sup> La mirada de Lleras Camargo no era única dentro del liberalismo. Escritores de izquierda que luego serán gaitanistas, como José Antonio Osorio Lizarazo, tenían una mirada excluyente del pueblo sobre la dualidad de sumiso y rebelde como analizaremos en posterior ensayo. Baste un ejemplo para ilustrar lo dicho tomado de la novela *El día del odio*, escrita a propósito del 9 de abril del 48: "... en ese conjunto radica una fuerza irresistible (...) en el fondo de su abyección están listos para el motín, para el desorden, para la sedición vindicativa" (Bogotá: Carlos Valencia, 1979:107).



la gente que movilizaba. La tarea de "restauración moral" era ante todo "civilizar" a los sectores populares por medio de la educación y la higiene. Así lo trató de practicar cuando ejerció su cuota de poder como alcalde u ocupando un ministerio. Según Daniel Pecaú (1987), para Gaitán también el pueblo colombiano adolecía de inclinaciones bárbaras o patológicas, e incluso habló de "una raza débil (...) tarda y lenta para el trabajo" (Pecaú, 1987: 380).<sup>28</sup> Aunque su movimiento fue tachado por la elite con epítetos raciales, él se sumó al mito colombiano del mestizaje invisibilizando las diferencias étnicas (Acevedo, 1995; Green, 1996: 292).

Lo anterior nos lleva a la pregunta sobre los intereses que expresaba Gaitán. Desde los años treinta en que fundó la Unir, él proclamaba que su revolución no era solo para los trabajadores sino para todas las clases productivas, dentro de las que incluía a los campesinos, clases medias, pequeños industriales y comerciantes. Concluía en ese entonces que "nuestro enemigo no es la riqueza sino la pobreza" (Gaitán, 1968: 22). Lo mismo puede colegirse de una somera revisión de uno de sus pocos textos programáticos como fue la Plataforma del Colon en 1947. Según lo han señalado varios estudiosos, era una propuesta reformista en lo agrario y tributario, moderadamente nacionalista en cuanto a recursos naturales y de claro impulso estatal a la industria (Kalmanovitz, 1985: 393 - 395). En realidad Gaitán fue vocero de las capas medias en ascenso que buscaban apoyo en los sectores populares para lograr una mejor proyección política (Braun, 1987).

En cualquier caso el gran legado del liberalismo colombiano de los años treinta y cuarenta fue la incorporación de algunos sectores subalternos, especialmente el obrero (Collier, 1991). Con ello se

produjo el acercamiento de lo social y lo político, que las elites tradicionales tacharon de politización excesiva. El gaitanismo introdujo una variante nada despreciable de alejarse de la política de caballeros que se pactaba por arriba, para interpelar directamente al pueblo, así también desconfiara de él. Esto reforzó un caudillismo heredado del siglo XIX y que se alcanzó a manifestar con López, sin que él le diera aliento.<sup>29</sup> Por eso el 9 de abril de 1948, la multitud -que no vulgo- huerfana de conductor fracasó en su levantamiento (Alape, 1983). Mientras tanto las elites bipartidistas, quitado el estorbo del medio, intentaron volver a una convivencia que contuviera el desborde popular. En el entierro del caudillo, Carlos Lleras reflexionó así: "... Ante los errores del pueblo, ante sus excesos, no debemos corresponder con la incomprensión o con el odio ni elevar entre él y nuestros intereses una barricada de prejuicios (...) nada remediamos con alejarnos de las masas y con hacer que se sientan extrañas a nosotros" (Erazo, 1954: 68). Nótese que el destinatario del discurso de Lleras no era el pueblo, como solía hacer Gaitán, sino las elites a las que convocaba a defender inteligentemente sus intereses.

En realidad, para ellas el 9 de abril fue una experiencia extrema, en la que el temido pueblo rompió por pocas horas -o días, dependiendo del lugar de la revuelta- el orden establecido. Se desbordaba así la copa de su paciencia, que ya venía llenándose por la creciente agitación popular desde los años veinte y especialmente en la segunda posguerra. Para las elites el pueblo movilizado era un problema, así no fuera autónomo del todo y estuviera artificialmente unido al régimen liberal. Era menester buscar otra fórmula, pero para ese paso ya las elites estaban divididas por banderas partidistas que las antagonizaban a muerte.

<sup>28</sup> Similar opinión señalan Aguilera, Mario y Renán Vega. *Ideal democrático y revuelta popular*. Bogotá: Isaac, 1991: 218-22.

<sup>29</sup> El periódico comunista *Diario Popular* poco antes de su segundo mandato dijo: "Alfonso López es en estos precisos momentos, más que un caudillo político, un verdadero 'estado del alma' colectivo del pueblo colombiano simbolizado en un hombre" (Nº 2, del 3 de enero, 1942).

## EL REGRESO A LA NACIÓN (1949-1958)

Los hechos posteriores al 9 de abril parecen confirmar un viraje antidemocrático en el que la retórica elitista abandona la apelación al pueblo para retornar a un ente más abstracto como es la nación. En cuanto a lo primero, la creciente violencia bipartidista, el cierre del parlamento en noviembre de 1949 previo a la elección solitaria de Laureano Gómez, su posterior intento de reforma constitucional y el golpe militar de junio 1953 que puso al General Rojas Pinilla en el poder por cuatro años, así lo sugieren. Con relación al cambio retórico es bueno recordar que nunca se abandonó la apelación a la nación, aunque la República Liberal hablaba más de un pueblo con gran potencial político, pero del que se desconfiaba. Eso fue válido incluso para núcleos de izquierda y para el mismo gaitanismo, como hemos visto. Por tanto, hay más continuidades de las que generalmente se reconoce.

El contexto internacional varió con el final de la Segunda Guerra Mundial. A la endeble alianza entre las potencias capitalistas y la patria del socialismo, que había permitido cierto vuelo de las fuerzas pro soviéticas, le siguió la Guerra Fría. En América Latina también se sintió la tensión entre los dos nuevos bloques internacionales. Las mínimas conquistas laborales y la pequeña, pero significativa, presencia de la izquierda en la arena pública serían desmontadas en un giro generalizado hacia la derecha (Rock, 1994). Para balancear este viraje se enarboló el discurso del desarrollo como camino para frenar la creciente pobreza, asunto que era preocupación de las elites por su potencial crítico ante el nuevo orden establecido (Escobar, 1995).

En el plano interno la Guerra Fría empataba con el prejuicio anticomunista de conservadores y no pocos liberales. No es un azar que Colombia haya sido el único país que mandó tropas al lejano conflicto de Corea. Sin embargo, no todo se explica por cambios en la arena mundial. Aquí también tomó fuerza un nuevo nacionalismo que proponía un retorno a la hispanidad. Después de más de medio siglo con una Constitución centralista, Colombia seguía sin afianzar su nacionalidad. Así intelectuales conservadores, liberales, algunos de ellos con veleidades de izquierda, encuentran las raíces de la nación en la herencia hispánica (Tovar, 1984).<sup>30</sup> Aunque no todos compartían el llamado franquista de revivir un imperio español afincado en la defensa del catolicismo, sin duda esta búsqueda de raíces europeas esconde, cuando no ignora, lo que es diferente. De un plumazo se retornaba a un discurso que ponía la raza, con todos sus condicionamientos naturalizantes, por encima del pueblo, otra ficción también pero que remite a situaciones sociales y políticas más seculares. Justo es reconocer que hubo también un nacionalismo de izquierda, identificado con el antimperialismo, que no tenía mayor acogida por fuera de los círculos intelectuales y obreros de los enclaves extractivos.<sup>31</sup>

La Colombia de los años cincuenta vive un relativo encerramiento cultural. Los gobiernos conservadores y la alta jerarquía eclesial despliegan distintos dispositivos para hacer renacer del fervor religioso y moralista. En una ponencia anterior describíamos como en lo más agudo del conflicto interpartidista en 1949 y 1950, se trajo en peregrinación por el territorio patrio a la Virgen de Fátima (Congreso Nacional de historia, 1992). En algunas ciudades se crearon Ligas de Decencia Cristiana que además de criticar

<sup>30</sup> Punto señalado por Bernardo Tovar en su libro *La colonia en la historiografía colombiana* (Medellín: La Carreta, 1984: 148-167) que se puede confirmar con un somero repaso de la obra de Indalecio Liévano Aguirre.

<sup>31</sup> Tradicionalmente se ha destacado el papel de los trabajadores petroleros en la reversión de la Concesión de Mares, especialmente en la huelga de principios de 1948 (Diego Montaña Cuellar. *Memorias*. Bogotá: Universidad Nacional, 307-312). Eduardo Sáenz contradice esta apreciación, enfatizando la debilidad generalizada de los sindicatos en el momento (*Colombia años 50. Industriales, política y diplomacia*. Bogotá: Universidad Nacional, 2002: 73-75).

estatuas que reproducían desnudos greco-romanos, censuraron espectáculos públicos en aras de la defensa de la familia y en no pocos casos atacaron cultos no católicos. El efecto se sintió hasta en los ámbitos universitarios (El Tiempo 25 de octubre, 1951),<sup>32</sup> aunque allí el mayor impacto fue la persecución a intelectuales críticos y el consiguiente estancamiento en las ciencias sociales para lo que ayudó el cierre de la Escuela Normal Superior y su desmembración en sección masculina y femenina (Herrera y Low, 1994). La censura de prensa se volvió casi cotidiana y es conocido el cierre de los principales periódicos liberales por el general Rojas.

Decimos que hubo un encerramiento parcial, porque contrariamente a los vientos provinciales y conservadores que soplaban en el país, hubo una inquietud de abrirse a corrientes de pensamiento más universalista por parte de muchos intelectuales agrupados en revistas como *Mito* fundada en 1955 (Urrego, 2002). El retorno al país decimonónico era imposible, entre otras cosas porque había procesos estructurales que marchaban hacia una creciente secularización. Imperceptiblemente el país se volvía urbano, la industria se expandía pausadamente y aumentaban, lentamente pero aumentaban, las tasas de escolaridad. Eventos como la Vuelta a Colombia en bicicleta, aunque orientada por una idea nacionalista produjo el conocimiento físico del país por los medios masivos que comunicación que se vincularon a ella desde sus inicios en 1951.

Ahora bien, el nacionalismo agenciado por los gobiernos conservadores de los cincuenta tenía una proyección política en las propuestas corporativistas que a su modo impulsaron Gómez y Rojas. Para ambos el Estado corporativo debería proteger a

los débiles de la voracidad del capitalismo. En 1949 Laureano Gómez declaraba: "sabemos que las fuerzas económicas deben ser encauzadas de suerte que no se desentiendan de las necesidades populares"(Pecaut, 1987: 527). Por su parte Rojas un mes después del "golpe de opinión" peroraba ante un auditorio obrero: "... El gobierno os defenderá de toda mezquina explotación, que pretenda romper la unidad nacional o desconocer los derechos que tienen todos los colombianos para trabajar en libertad y orden" (El Tiempo, 15 de julio, 1953: 6).

De alguna forma este corporativismo hacía eco a la ideología empresarial que había orientado la consolidación económica de la elite industrial antioqueña. Es lo que bien puede llamarse un fordismo cristiano que desde los principios de la doctrina social de la Iglesia, buscaba la integración del obrero a la supuesta comunidad fabril, otorgándoles mejor remuneración y condiciones más dignas de existencia (Arango, 1991; Farnsworth-Alvear, 2000). En el plano estatal, estas ideas fueron adelantadas por Mariano Ospina Pérez quien se ufanaba de ser el "presidente de los trabajadores" (Perea, 1994: 51). Lo más destacado fue la creación del Instituto Colombiano de Seguros Sociales (Ley 90 de 1946), la consagración del salario mínimo (Decreto 3871 de 1949) y la expedición del Código Sustantivo del Trabajo (Decreto 2663 de 1950).<sup>33</sup> Claro que estas medidas no tuvieron siempre un aspecto favorable a los sindicatos. En particular la última recogió parte de los dispositivos que controlaban el sindicalismo y le cercenaban su autonomía (Silva, 1998: 95 - 102).<sup>34</sup>

Como lo expresábamos en otra ocasión, la intención de los gobiernos conservadores fue la "conversión" de los sindicatos.<sup>35</sup> Además de las medidas de vigilancia

<sup>32</sup> Informaba que el Consejo Directivo de la Universidad de Antioquia recomendaba que, para educar a los alumnos, todo acto universitario se iniciara con la señal de la cruz, es decir con persignarse.

<sup>33</sup> En 1948 se habían dictado disposiciones que obligaban a los empresarios a dar participación de las utilidades a los trabajadores, así como overoles y calzado. El Decreto 2474 de 1848 fue reglamentado solo año y medio después (*El Tiempo*, 20 de julio de 1948 y 29 de enero de 1950).

<sup>34</sup> El autor señala que ni siquiera el sindicalismo católico agrupado en la UTC secundó dicho Código.

estatal de sus actividades, se promovió la división desde arriba con la creación de la UTC, asunto en el que la labor del clero fue destacada. Por si fuera poco, se produjo una cacería de “brujas” contra dirigentes sindicales y activistas de izquierda que incluyó a no pocos “desaparecidos” especialmente durante el mandato de Gómez-Urdaneta (Medina, 1989: 112 - 115). Con Rojas hubo algunas modificaciones aunque en líneas generales no alteró la línea trazada por sus antecesores. Incluso llevó más lejos la persecución al comunismo al ilegalizarlo en 1954. El Jefe Supremo poco hizo en el terreno formal para la integración del mundo del trabajo, salvo medidas propagandísticas sobre todo cuando el dinero le alcanzó para hacer vistosas obras públicas (Gálviz y Donadío, 1988). El intento efímero de aclimatar una tercera central sindical, la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT), le produjo roces con el clero y la restante dirigencia sindical, por lo que la dejó expósa. Sus propuestas en torno al aprendizaje de los jóvenes trabajadores y del subsidio familiar serían retomadas por los militares que le sucedieron luego del 10 de mayo de 1957. Lo que hemos señalado no constituye novedad interpretativa con relación al análisis de los gobiernos de turno. Desde los propósitos de este ensayo quisiéramos; sin embargo, destacar dos implicaciones de las nuevas imágenes que circulan sobre los sectores subalternos a mediados del siglo XX. De una parte, en contraste con la tímida movilización popular propiciada por los gobiernos liberales, en los gobiernos posteriores se hace evidente el divorcio entre lo social y lo político. En aras de controlar la supuesta politización de los trabajadores, se trató de relegar sus organizaciones al exclusivo campo de las demandas materiales inmediatas. Aunque la prohibición de intervención en política partidista por

parte de los sindicatos fue consagrada desde 1931, el Código Sustantivo de Trabajo la llevó a su máxima expresión limitando la acción reivindicativa a la negociación de convenciones colectivas y a la asesoría en asuntos disciplinarios (Silva, 1998: 96).

En segunda instancia, con la Violencia de finales de los cuarenta y comienzos de los cincuenta se diluyen o esconden las identidades de clase y de pueblo rebelde. Salen a flote las identidades de partido que apelan a las subculturas que han marcado la historia republicana. El pueblo, si aparece en los discursos debe ser dirigido por las colectividades históricas que se piensan redentoras de la nación (Perea, 1994).<sup>36</sup> Este mesianismo es más claro con la dictadura militar aunque con un tono suprapartidista. Las constantes referencias a Rojas como el nuevo salvador y su comparación con Cristo y Bolívar van en ese sentido.<sup>37</sup>

Ahora bien, nuevos componentes hacen más compleja la imagen del pueblo construida desde arriba. El desordenado crecimiento de las ciudades hace evidente la aparición de barrios en donde se hacina la población expulsada de los campos. Son conjuntos poblacionales sin planeación urbana que carecen de servicios públicos y son por lo común de carácter ilegal. Esto hace que se acuñe la expresión de “barrios piratas” y que a las viviendas se les designe despectivamente como “tugurios” (Archila, 1992). De nuevo aparece ante los ojos de las elites los pobres, en su doble dimensión: seres apocados pero peligrosos. Como a comienzos de siglo se recurre a la caridad, en este momento claramente impregnada de un imperativo moralizante, pero es evidente que eso no basta. El padre Lebret, contratado por

<sup>35</sup> “Protestas sociales en Colombia, 1946-1958”, *Historia Crítica*, No. 11, julio-diciembre de 1995: 63-77.

<sup>36</sup> Se recomienda mirar especialmente los capítulos 9 y 15.

<sup>37</sup> Véase, por ejemplo, el discurso pronunciado por Rojas el 13 de junio de 1953 en Carlos Horacio Urán. *Rojas y la manipulación del poder*. Bogotá: Carlos Valencia, 1983: 72. Las mismas expresiones las utiliza el líder obrero Justiniano Espinosa en un homenaje al dictador al mes de su posesión: “Para fortuna de Colombia hay un guardián de su futuro, un capitán del pueblo, un hombre que salió de las filas severas del ejército y aceptó el reto de su propio destino para salvar a la nación (...) lo inspira la doctrina redentora de Cristo y lo asiste el ejemplo perenne de Bolívar” (*El Tiempo*, 15 de julio de 1953: 6).

la dictadura para hacer una investigación socio-económica del país, señalaba críticamente que "el problema primordial (de Colombia) es un problema social. Este carácter primordial está eclipsado por luchas políticas irracionales y por el ilusionismo del desarrollo (... Las elites) consideran el desarrollo como el crecimiento indefinido de sus propios recursos" (Lebret, 1958: 369).

Si bien el pobre redescubierto se ubica por debajo de la clase obrera industrial, en no pocas ocasiones se le identifica con otros trabajadores menos calificados o con artesanos en general. Muchos de los antiguos barrios "obreros" son ahora designados como "piratas" y no faltan voces oficiales que identifiquen al proletario con el menesteroso como hizo el general Rojas en su discurso de posesión (Paris, 1954: 180 - 181). Tal vez la necesidad de forjar una imagen que los diferenciara de los pobres produjo acercamientos entre obreros calificados y empleados, quienes a su vez se perciben crecientemente como asalariados.<sup>38</sup> Este proceso, que se consolidará en periodos posteriores, muestra la creciente heterogeneidad de las clases subalternas.

A pesar de este panorama poco favorable a la movilización autónoma popular, la gente no se agachó. La protesta social fue escasa en estos años, e incluso desapareció de los registros de prensa en varios años, en parte porque la censura impidió consignarla. A pesar de los bajos indicadores de agitación social, la poca que hubo fue significativa en las duras condiciones de control estatal y de intolerancia política. En otra parte metafóricamente afirmamos que los sindicatos fueron "convertidos" hacia el nacionalismo conservador y clerical imperante, pero no se arrodillaron del todo (Historia Crítica 11, 1995). La estrategia de control laboral parecía dar los

resultados esperados. Lo que se vivió a mediados del siglo pasado fue un radical ataque a las organizaciones de defensa de los trabajadores que se expresó en la anulación de la huelga, al menos hasta el año 1955, la división sindical y el predominio del sector proclive al clericalismo.<sup>39</sup> Ello se reflejó en la transformación de los rituales del primero de mayo que pasaron de ruidosas manifestaciones públicas apadrinadas por los liberales y comunistas, a actos en recintos cerrados con gran tinte religioso. Pero la crisis del sindicalismo no duró mucho, lentamente se logró unidad de acción auspiciada por el bipartidismo, se rescató en la práctica el derecho de huelga y luego se restablecerán muchos de los sindicatos suprimidos o divididos.

Los estudiantes, un sector subalterno que había permanecido en la sombra desde los años veinte, también vuelve a la palestra pública con la dictadura. La enemistad estalló en 1954 cuando se aprestaban a conmemorar los 25 años del primer muerto estudiantil, Gonzalo Bravo Pérez, mientras Rojas esperaba celebrar su primer año de gobierno. La masacre que se desató el 9 de junio, achacada irresponsablemente al comunismo, ahondaría la distancia entre el mundo estudiantil y la dictadura. Aunque todavía controlado por el bipartidismo, el movimiento estudiantil mostraría gran potencial poniéndose al frente de la lucha contra el régimen militar (Marsiske, 1999: 158 - 174). Con ello expresaba los anhelos democráticos de los sectores medios en ascenso.

Otro actor social que cobra visibilidad en esta época son las mujeres que logran el voto en 1954. En realidad se venía ejerciendo presión en esa dirección desde los años cuarenta con apoyo de la izquierda y del gaitanismo (Green, 1996). En los años cincuenta los partidos tradicionales accedieron a la ampliación de la democracia, precisamente en un momento en

<sup>38</sup> El abogado Castor Jaramillo llamaba a "suprimir la distinción entre empleados y obreros (...) no solo por razón del trabajo que prestan sino para efectos legales" (*Revista Colombiana del Trabajo* 119. (1950): 8).

<sup>39</sup> Es lo más parecido en la historia colombiana al embate neoliberal de los últimos años.

que estaba anulada.<sup>40</sup> Pero tampoco esta concesión se puede considerar una dádiva de la dictadura. Las mujeres de distintas clases presionaron a la Asamblea Nacional Constituyente en el debate previo. Incluso integrantes de sectores populares, como las del barrio Trinidad de la capital, irrumpieron en las sesiones para dar respaldo a la iniciativa de las diputadas Esmeralda Arboleda y Josefina Valencia. Pero al mismo tiempo pedían servicios públicos para su barrio, porque, "... ¿de qué puede servir el voto femenino si con él no se consigue mejorar nuestras condiciones de vida?" (*El Espectador*, 4 de septiembre, 1954: 1).

Ahora bien, el sector subalterno que más acción colectiva desplegó en esos años, así no haya sido muy visible para los medios de comunicación, fue el campesinado. De hecho a los campos se trasladó el grueso de la resistencia contra la violencia estatal cuando las ciudades se volvieron muy peligrosas. Lo ocurrido en los Llanos antes del golpe militar del 53 muestra su eventual autonomización con relación a los partidos tradicionales y la necesidad de avanzar un nuevo modelo de contención que pronto también hará agua (Guillen, 1979).

Para 1957 las identidades nacionales se alinderan en dos polos jalonados por el bipartidismo de un lado y la dictadura del otro. El pueblo raso estaba a la expectativa, pues ni Rojas lo movilizaba abiertamente, ni el bloque bipartidista designado primero Frente Civil y luego Frente Nacional, se apoyaba en él. Salvo en Cali, en donde se había sufrido el estallido de unos camiones militares repletos de dinamita en agosto de 1956, el pueblo no parece favorecer ningún polo en esa confrontación política. La separación entre lo social y lo político en medio de una abstracta apelación a la nación lo había puesto, de nuevo, como invitado de

piedra en el juego democrático. La política parecía seguir siendo un acuerdo de caballeros. El nuevo pacto bipartidista pretendía apagar la hoguera violenta excluyendo una vez más a los sectores subalternos.

## CAMBIOS Y PERMANENCIAS

A modo de balance podemos señalar que a pesar de las aparentes continuidades, la situación de los subalternos había cambiado en los 70 años estudiados. Las elites persistieron en la doble visión de ellos, con énfasis distintos según el momento político: masa pasiva o fermento revolucionario; pobres inermes o pueblo rebelde. Las diferencias sociales se escondieron en el mito del mestizaje o de un pueblo homogéneo, cuando no en la abstracta ficción de nación. En cualquier caso, hubo temor a la movilización de los subalternos, aun en los momentos en que ésta se llevó inducida desde arriba. Además se consolidó la distancia entre lo social y lo político, así se haya quebrado temporalmente en la República Liberal.

A pesar de los esfuerzos por perpetuar esas condiciones, hubo modificaciones en la vida de los subalternos, no necesariamente con un signo progresista. En todo ese transcurso se produjo la construcción de identidades más positivas en medio de heterogeneidad que hacía más complejo el mundo social. En los intersticios que dejaban los intentos de control se filtraba la resistencia, y en no pocos casos se avanzó en conquistas materiales y políticas favorables para una mejor existencia humana. Sin duda los cambios estructurales vividos en esos años por el país y el mundo influyeron en estos procesos, pero sin la acción social y política colectiva poco se

<sup>40</sup> Con apoyo bipartidista se creó la Organización Nacional Femenina que pretendía agrupar a todas las mujeres del país (*El Espectador*, 10 de octubre de 1954: 19). Dicha agrupación, más que reflejar una radical identidad de género por encima de las clases, mostraba una clara identificación política con los partidos tradicionales.

hubiera logrado. Los intentos de ignorar a los sectores subalternos fueron contestados y éstos vuelven a irrumpir contra la voluntad de las elites que los quisieran más invisibles. Lo que sí es claro es que, al menos hasta donde va la historia que reconstruimos, las elites no conocen -y por tanto difícilmente reconocen- a los subalternos. Ellas se siguen

imaginando líderes, cuando no dueñas, de la nación. No en vano en el texto del plebiscito se supone que los partidos Liberal y Conservador son los únicos que existen. Pero la historia de esta exclusión no concluye aquí y deberemos esperar a la aparición de nuevas voces subalternas para entenderla y continuarla.

## BIBLIOGRAFÍA

- Acevedo, Darío. *La mentalidad de las elites sobre la Violencia en Colombia*. Bogotá: Ancora, 1995.
- Aguilera, Mario. *Insurgencia urbana en Bogotá*. Bogotá: Colcultura, 1997.
- Alape, Arturo. *El Bogotazo: memorias del olvido*. Bogotá: Pluma, 1983.
- Arango, Luz Gabriela. *Mujer, religión e industria. Fabricato 1923-1982*. Medellín: Universidad de Antioquia/Universidad Externado, 1991.
- Archiva, Mauricio. *Cultura e identidad obrera: Colombia, 1910 - 1945*. Bogotá: Cinep, 1991.
- . *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958 - 1990*. Mimeo.
- Braun, Herbert. *Mataron a Gaitán*. Bogotá: Universidad Nacional, 1987.
- Bruke, Peter. "El 'descubrimiento' de la cultura popular" Samuel, Raphael (editor). *Historia popular y teorías socialistas*. Barcelona: Crítica, 1984.
- Calvo, Oscar y Marta Saade. *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002.
- Collier, Ruth y David Collier. *Shaping the Political Arena*. Princeton: Princeton University, 1991.
- Delgado, Álvaro; Martha C. Gracia y Esmeralda Prado. *25 años de luchas sociales en Colombia, 1975 - 2000*. Bogotá: Cinep, 2003.
- Diario Popular 2. 3 de enero de 1942.
- El Espectador* 4 de septiembre de 1954.
- El Espectador* 10 de octubre de 1954.
- El Tiempo* 20 de enero de 1922.
- El Tiempo* 22 de enero de 1922.
- El Tiempo* 7 de abril de 1942.
- El Tiempo* 20 de julio de 1948.
- El Tiempo* 29 de enero de 1950.
- El Tiempo* 25 de octubre de 1951.
- El Tiempo* 15 de junio de 1953.
- El Martillo* 21 de octubre de 1916
- El Columnista* 1. 1910.
- Erazo París, Jorge. *Del 9 de abril al 13 de junio (1948-1953)*. Barranquilla: Gráficas Mora, 1954.
- Escobar, Arturo. *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University, 1995.
- Farnsworth-Alvear, Ann. *Dulcinea in the Factory*. Durham: Duke University, 2000.
- Fernández, Jesús María. *La Acción Social Católica en Colombia*. Bogotá: Arboleda y Valencia, 1915.
- Flórez, León A. "El delegado antioqueño: apuntes para la historia del movimiento estudiantil al final de los años veinte". *Memoria y Sociedad* 1. 1. (1995): 127-137.
- Galindo Flores, Alberto. *Los rostros de la plebe*. Barcelona: Crítica, 2001.
- Gálviz, Silvia y Alberto Donadío, *El jefe supremo*. Bogotá: Planeta, 1988.
- Green, John. "Mujeres radicales y la participación femenina en la política gaitanista". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 23. (1996).
- Green, John. "Vibrations of the Collective': The Popular Ideology of Gaitanismo on Colombia's Atlantic Coast, 1944-1948". *Hispanic American Historical Review* 76. 2. (1996).
- Guha, Ranajit. *Dominance without Hegemony*. Cambridge: Harvard University, 1997.



- . *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona: Crítica, 2002.
- Gómez, Antonio. *Bogotá*. Bogotá: ABC, 1938.
- Guillén Martínez, Fernando. *El poder político en Colombia*. Bogotá: Punta de Lanza, 1979.
- Herrera, Martha C. y Carlos Jilmar Díaz (editores). *Educación y cultura política: una mirada multidisciplinaria*. Bogotá: UPN/Plaza y Janes, 2001.
- Herrera, Martha C. y Carlos Low *El caso de la Escuela Normal Superior*. Bogotá: Universidad Pedagógica, 1994.
- Herrera, Roberto. *Antología del pensamiento conservador en Colombia*, Tomo I. Bogotá: Colcultura 1982.
- Jilmar, Carlos. "El pueblo: de sujeto dado a sujeto político por construir. Apuntes sobre la década de los treinta". Herrera, Martha Cecilia y Carlos Jilmar Díaz (editores). *Educación y cultura política: una mirada multidisciplinaria*. Bogotá: UPN/ Plaza y Janes, 2001.
- Jiménez, Michael. *Struggles on an Interior Shore. Wealth, power, and Authority in the Colombian Andes*. Mimeo.
- Kalmanovitz, Salomón. *Economía y nación*. Bogotá: Cinep/ Siglo XXI/ Universidad Nacional, 1985.
- König, Hans-Joachim. "Los caballeros andantes del patriotismo" Riekenberg, Michael (compilador). *Latinoamérica: Enseñanza de la historia, libros de textos y conciencia histórica*. Buenos Aires: Alianza/Flacso, 1991.
- La Humanidad 12 de septiembre de 1925.
- Le Grand, Catherine. *Colonización y protesta campesina en Colombia, 1850-1950*. Bogotá: Universidad Nacional, 1987.
- Lebret. *Estudios sobre las condiciones de desarrollo en Colombia*. Bogotá: Aedita, 1958.
- López, Ricardo. "Hacemos lo imposible para estar en el medio". Ponencia al XII Congreso Colombiano de Historia. Popayán, agosto de 2003.
- Macciocchi, María A. *Gramsci y la revolución de occidente*. México: Siglo XXI, 1975.
- Marsiske, Renate (Coordinadora). "Entre la academia y la política: el movimiento estudiantil en Colombia, 1920-1974". *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*. México: UNAM, 1999.
- Medina, Medófilo. *Cuadernos de historia del Partido Comunista*. Bogotá: Ceis/Inedo, 1989.
- Mesa, Darío. "La vida política después de Panamá". Jaramillo Uribe, Jaime (Director). *Manual de historia de Colombia*. III. Bogotá: Colcultura, 1980.
- Molina, Gerardo. *Las ideas socialistas en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo, 1987.
- Pecaut, Daniel. *Orden y violencia*. Bogotá: Cerec/ Siglo XXI, 1987.
- Palacios, Marco. *El café en Colombia (1850 - 1970)*. Bogotá: Presencia, 1979.
- Montaña, Diego. *Memorias*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Núñez, Lida. "Entre la Flor del Trabajo y la Virgen María". X Congreso Colombiano de Historia. Popayán, agosto de 2003.
- Perea, Carlos Mario. "Porque la sangre es espíritu, imaginario y discurso político en Colombia (1942-1949)". Tesis de Magíster en Historia. Universidad Nacional. 1994.
- Restrepo, Gabriel y Santiago Restrepo. "La urbanidad de Carreño o la cuadratura del bien". Restrepo, Gabriel; Jaime E. Jaramillo y Luz G. Arango (editores). *Cultura, política y modernidad*. Bogotá: CES, 1998.

- Revista Colombo Soviética 3. (1946).
- Revista Colombiana del Trabajo 119. (1950).
- Revista Historia Crítica 11. (1995).
- Rock, David. *Latin America in the 1940s*. Berkeley: University of California, 1994.
- Romero, Luis Alberto “¿Qué hacer con los pobres? *Elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895*. Buenos Aires: Suramericana, 1997.
- Samper, Miguel. *La miseria en Bogotá y otros escritos*. Bogotá: Universidad Nacional, 1969.
- Sánchez, Gonzalo. “*Los bolcheviques del Libano (Tolima)*”. Bogotá: El Mohan, 1976.
- Silva, Marcel. *Flujos y reflujos*. Bogotá: Universidad Nacional, 1998.
- Tocancipá, Jairo (editor). *La formación del Estado Nación y las disciplinas sociales en Colombia*. Popayán: Universidad del Cauca, 2000.
- Tovar, Bernardo. *La colonia en la historiografía colombiana*. Medellín: La Carreta, 1984.
- Urán, Carlos Horacio. *Rojas y la manipulación del poder*. Bogotá: Carlos Valencia, 1983.
- Uribe, Víctor Manuel “Sociabilidad política popular, abogados, guerra y bandidismo en la Nueva Granada, 1830-1850: respuestas subalternas y reacciones elitistas”. *Historia y sociedad* 9. (2003): 89-116.
- Urrego, Miguel Ángel. *Intelectuales, Estado y nación en Colombia*. Bogotá: Siglo del Hombre/Duic, 2002.
- Vega, Renán y Mario Aguilera. *Ideal democrático y revuelta popular*. Bogotá: Ismac, 1991.
- Vega, Renán. *Gente muy rebelde*. Bogotá: Pensamiento Crítico, 2002.
- VIII Congreso Nacional de Historia. “Los obreros colombianos y la violencia (1946-1958) ¿Infierno o paraíso?”. VIII Congreso Nacional de Historia. Bucaramanga, noviembre de 1992.
- Zambrano, Fabio. *Análisis 1 y 2*. Bogotá: Cinep, 1989.